

Planificación en ciencia y tecnología

J. A. MARTÍN — PEREDA

Hubo un tiempo en el que la ciencia era cosa de unos pocos. Dudo que el rey Sol en Francia, o el Prudente en España tuvieran idea, en el momento de su mayor esplendor, de qué científicos vivían en sus reinos o en qué consistían sus trabajos. Sólo muy recientemente, la ciencia ha pasado a ser un tema de Estado en algunos lugares.

La tecnología, por el contrario, sí ha tenido desde la antigüedad el carácter de actividad preferente. La construcción de buques, de acueductos o la obtención de materiales resistentes a los impactos de proyectiles formaron parte del conocimiento que se consideraba imprescindible para la supervivencia de una nación o de un grupo.

Los tecnólogos, o los artesanos de entonces, gozaban de una consideración superior a la del hombre medio. Gracias a este hecho, y a su dedicación parcial a esos temas, algunos conseguían un reconocimiento que por sus trabajos en la ciencia jamás habrían conseguido.

La situación hoy es muy diferente. Por un lado, la ciencia y la tecnología ya no corren por caminos paralelos; ambas forman parte de un mismo caudal de conocimiento. Por otro, todos los Gobiernos de los países más avanzados han reconocido que preocuparse por ellas no es sólo parte de una moda pasajera o una actividad colateral que puede conceder un cierto prestigio. Han llegado al convencimiento de que sin las dos ningún país puede alcanzar un nivel medianamente digno ni una economía saneada.

Hablar sólo de macrocifras, de grandes tendencias monetarias o de planes de desarrollo industrial no supone el tener la base para conseguirlo. Todo ello no es nada si no va acompa-

ñado de una política paralela de desarrollo científico y tecnológico. Por eso, Japón, Estados Unidos, Alemania y la CE han planteado durante muchos años estrategias de planificación y han dedicado parte de sus recursos a la consecución de unos objetivos planteados de antemano.

Estas planificaciones y objetivos jamás se han dejado por completo a la libre iniciativa de empresas, grupos o individuos. Siempre, tras un amplio diálogo con todos los que pueden decir algo, con todos los que pueden tener intereses en juego, han salido a la luz planteamientos globales que indican el mejor camino a seguir.

La libre iniciativa puede ser el método más correcto para llevar, posteriormente, las ideas resultantes a buen puerto. Porque a un investigador no se le debe decir cómo debe investigar, ni a un industrial cómo producir. Aunque ambos sí saben cuáles son los parámetros por los que deben medir sus resultados. Pero a todos ellos sí se les puede, y en algunos casos se les debe, decir cuál es el camino que el Gobierno va a seguir. Ningún investigador, ni empresario, va a dedicar sus esfuerzos hacia un área de actividad que vaya a ser ignorada en los planes de desarrollo que se lleven a cabo en los próximos años.

Es cierto que, en nuestros días, el mercado al que hay que atender abarca a todo el planeta y que las colaboraciones entre los grupos de investigación no conocen ningún tipo de fronteras. Pero hoy, los países siguen existiendo y los investigadores o las empresas se deben al país en el que se encuentran y sus Gobiernos han de cuidarlos como elemento esencial de su estructura. Asimismo, todos ellos, investigadores, empresas y planificadores, deben rendir cuentas al fi-

nal de su tarea de lo que han hecho y de si han cumplido lo que en un principio dijeron que iban a realizar.

Es obvio que, al mismo tiempo, planificaciones que se hagan en un país pueden no ser válidas en otro. Los recursos son diferentes y el tejido socioeconómico también. No es lo mismo una nación en la que existen grandes empresas multinacionales que otra en la que tan sólo hay pequeñas y medianas. No es lo mismo un país que tiene una educación tecnológica de siglos que otro que la está adquiriendo. No es lo mismo una zona en la que existen empresas con capacidad para tener sus propios laboratorios de I+D, que otra en la que no. No es lo mismo una región en la que las industrias saben cómo dialogar con los grupos académicos que otra en la que eso jamás se ha hecho.

Los enfoques que deberán hacerse en cada caso dependerán del momento y de la situación real en que se encuentre el entorno. Pero en todos los casos es necesario plantear una política que indique cuál es el argumento de la obra que se quiere representar. Luego, si lo que se desea interpretar es una escenificación tipo comedia del arte, los actores improvisarán su papel e irán inventando el texto según lo vayan declamando. Cada uno sabrá, de antemano, si es Arlequín, Pantalón o Polichinela. Si, por el contrario, la obra estaba escrita, los comediantes habrán de aprenderse sus papeles al pie de la letra, y podrán desarrollar con mayor fuerza sus dotes de interpretación. Pero en ambos casos, saber qué se va a representar es necesario.

Catedrático de Tecnología Fotónica de la UPM.